

LA FUERZA POETICA DE STELLA DIAZ VARIN

Wellington Rojas Valdebenito

Venida al planeta en la década del treinta, Stella Díaz Varin publicó sus primeros versos y artículos en diarios y revistas de La Serena, su suelo natal. Ya en la capital su voz lírica adquirió sonidos propios. Su debut en la letra impresa se llamó "Razón de mi Ser", el que recibió elogiosos comentarios de la crítica de ese entonces. Luego publicaría otros dos poemarios: "Sinfonía del Hombre Fósil" y "Tiempo, Medida Imaginaria".

A pesar de una larga ausencia de las prensas, la autora nunca ha dejado el oficio creador. Su obra ha sido ampliamente divulgada en el exterior. Activa participante de la Sociedad de Escritores de Chile, SECH, se ha hecho todo un nombre en dicha institución, lo que la convierte en todo un personaje en nuestra literatura.

En una bellissima edición, Editorial Cuarto Propio entrega al público lector su cuarto poemario "Los Dones Previsibles", obra con la que en 1986 obtuviera el Premio Pedro de Oña. Sus versos están impregnados con su profundo observar de todo lo circundante, sólo que su mirar se transforma en materia para hacer florecer los vocablos, como es el caso de los versos de los versos que siguen: "Cuando la recién desposada desprovista de sabor es sometida a su sombra... enciende la bujía y lee. ¡Ah! Entonces no es nada la venida del apocalipsis, los hijos anteriores enterrados y un hilo de sangre desprendido del techo. No es nada ya el océano y su barco ni la muerte que insufla la libélula ni la desesperanza del leproso. Cuando la recién desposada ya no estará sola desde hoy día. He abierto una ventana a la calle, miraré el cortejo de los vivos asomados a la muerte desde mi infancia. Y escogeré el momento oportuno para enterrarla". La fuerza telúrica de su voz se hace presente

para reclamar la presencia física de "los suyos", aquellos que junto a ella caminaron por los sinuosas vías de su existir: "No quiero que mis muertos descansen en paz tienen la obligación de estar presentes vivos en cada flor que me sabe a escondidas al filo de la medianoche cuando los vivos al borde del insomnio juegan a los dados y enhebran la amargura... No quiero que los míos se me olviden bajo la tierra los que allí los acostaron no resolvieron la eternidad no quiero que a mis muertos me los hundan me los ignoren me los hagan olvidar".

La autora hace una síntesis de su quehacer, para ello nos dice: "Uno ya no puede valerse de nadie. Yo no puedo estar en todo para eso pago cada gota de sangre que se derrama en el infierno. En el invierno, debo deditarme a oxidar uno que otro sepulcro. Y en primavera, cons-